

De actualidad

# EL ABORTO

El día 11 de septiembre de 1868, diez y siete días antes de la batalla de Alcolea, en que rodó, y no a tierra precisamente, el trono de doña Isabel II, siendo presidente del Consejo de ministros D. Luis González Bravo, escribía éste a un su amigo, desde Lequeitio, donde estaba acompañando a la reina de los tristes destinos, lo siguiente: "... el tono confidencial de los emigrados no descubre señales de nada próximo. Después de esto puede que suceda. No diré que no; pero ya verá usted cómo no sucede. Así como mi instinto me decía en los primeros días de julio que aquello era verdad, hoy me dice que esto es agua de cerrijos. Si algo sucede, ya verá usted cómo es un aborto... No hay más remedio que hacerse matar buenamente, aunque sea riñendo a bocados, por la Reina."

Esto escribía el fatídico González Bravo ocho días antes de ceder su puesto al marqués de la Habana y diez y siete días antes del "aborto" de Alcolea, o mejor, de la dinastía. Esto escribía el hombre fatídico que poco antes, en agosto, había escrito: "La lucha pequeña y de policía me fastidia... Venga algo gordo que haga latir la bilis, con tal que no venga por provocación ni por negligencia de mi parte. Entonces tiraremos resueltamente del puñal y nos agarraremos de cerca y a muerte. Entonces respiraré ancho; no que ahora todo se vuelve traguitos."

Cuando en estos días de honda, de hondísima crisis—no la que llaman así los profesionales de la política ministerial—, recordamos estos textos históricos, los que nos oyen nos creen en posesión de algún grave secreto y hasta suponen si andamos en conjuraciones, conspiraciones o cosa que lo valga. Y no hay nada de eso. Sino que del mismo modo que por las variaciones barométricas en cierta zona y por otras señales se puede predecir un ciclón, así por inferencias históricas presuponemos una grave crisis, una verdadera crisis, una crisis del régimen. ¿Qué puede no ocurrir? ¡Claro! Como que esto no es matemático.

Nuestra previsión se funda principalmente en el conocimiento de la psicología normal, o, mejor aún, de la psicología de los hombres normales, de los hombres con el sentido y la conciencia de su dignidad personal y no meramente individual. O lo que es lo mismo, con el sentido y la conciencia de su responsabilidad histórica y de los deberes que ésta impone. Nuestra previsión se funda en el supuesto de que los que ocupan los más altos

puestos del Estado sientan el patriotismo. Y nuestra previsión se funda en que aquel que en privado no se recata para decir que está dispuesto a asumir, diga lo que dijese la ficción legal, la responsabilidad moral e histórica que le toque, obre conforme a este nobilísimo sentimiento de verdadero valor civil y no haga de aquel dicho un truco de maquiavelismo de décimatercera clase.

No; no estamos en ningún secreto de conspiración ni de conjuración. Odiamos tales secretos. Odiamos todo lo clandestino. Odiamos toda doblez. Y hasta tal punto odiamos todo esto, que no reparamos en sacrificar la apariencia de sinceridad y de sencillez de propósito y de conducta a la realidad de ella, y aquí, donde el ambiente de farsa ha hecho que no se le crea al que no se somete a ciertas normas aparentes de austeridad—y ni aun entonces—... no nos ha importado quebrantar esas normas. No; no estamos en ningún secreto.

Ahora, que nos equivoquemos en nuestros pronósticos... Es muy posible. Hemos leído un artículo de nuestro buen amigo Araquistain en el que dice que la Fatalidad, "diputada por los nuevos dominios de España en Marruecos", se ha sentado, invisible y tácita, en los bancos de la mayoría, "dispuesta a sobrellevar todos los votos de censura que sobre ella se arrojen". Y se dirá lo que se diría cuando la tragedia de Canalejas y cuando la de Dato: "¡Ahí me las den todas!" Frase ya tradicional.

¿Que no debe uno desertar de un puesto de honor y de peligro al que no fué por propia voluntad? Lo que no se debe es encubrir la responsabi-

lidad ajena con la propia irresponsabilidad.

Lo peor es cuando, como habría dicho Baltasar Gracián (S. I.), se echa uno a la espalda lo que debería tomar a pechos, y con un invisible encogerse de hombros—o acaso con otro gesto más expresivo—, mormojea: "¿Que os creéis vosotros eso...!" ; Y olé!

¿Que éste es un lenguaje inadecuado a la gravedad del asunto de que tratamos? En lenguaje así, fundamentalmente blasfemo, se ha tratado lo más grave de la crisis moral de España. Lo más fatal de la Fatalidad española es su frivolidad. Todo le sale por una friolera.

Y ahora, volvamos a esta "lucha pequeña y de policía" y a los "traguitos". Y a oír los eutrapélicos comentarios del presidente del Consejo de ministros mientras llega el aborto. O el parte de un monstruo.

MIQUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES